

LA MEMORIA DE LAS BERENJENAS

[ciento catorce formas de marear la perdiz]

Jordi Boldó

2020

LA MEMORIA DE LAS BERENJENAS

[ciento catorce formas de marear la perdiz]

Jordi Boldó

Dra. Margarita Teresa de Jesús García Gasca
Rectora

Dr. Javier Ávila Morales
Secretario Académico

Dra. María Teresa García Besné
Secretaria de Extensión Universitaria

Lic. Verónica Núñez Perusquía
Secretaria de Atención
a la Comunidad Universitaria

Diana Rodríguez
Fondo Editorial Universitario
Coordinadora

Federico de la Vega
Editor

Primera edición: 2020

D.R. © 2020 Jordi Boldó
D.R. © 2020 Universidad Autónoma de Querétaro
Cerro de las Campanas s/n
Centro Universitario, 76010
Santiago de Querétaro, México

ISBN: 978-607-513-510-6
ISBN LA JAULA DE LAS MUSAS: 978-607-513-509-0



FONDO EDITORIAL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

Para Esmeralda, con amor infinito

uno

Los pájaros son raros, rarísimos; y además, aunque se vis-
tan bien, tienen malos modales. Escapar de la cursilería
sentimental, o lo que es peor: sentimentaloides, es casi im-
posible. Sin embargo hay que intentarlo; sea con la razón,
el sinsentido, la ironía, el escepticismo y —por qué no—
con la exageración y la mentira.

•••

*Me acuerdo del desgarrador chillido de un gato al enredarse
en una trampa de hilos. Después, ningún otro animal vol-
vería a introducirse en aquel sitio.**

* En este libro uso las itálicas para señalar ideas o recuerdos particular-
mente significativos.

La inspiración aparece justo en el punto de ruptura entre la **razón** y la **fantasía**. De qué depende el acto creativo, ¿de establecer procesos, estrategias y protocolos adecuados, o de dejarse llevar libremente por *conductas recreativas*? Quizá dependa un poco de cada cosa, o quizá de ninguna. Sólo diré —por el momento— que en el arte no existen las recetas, que cualquier valoración es subjetiva y que el proceso es tan importante como el resultado.

Viisto en perspectiva, como miran las aves desde el cielo, este libro bien podría definirse de las siguientes maneras: 1. Osado repertorio de rutas de evasión y **fantasía** embustera. 2. **Extraña** reunión de propósitos, despropósitos y placeres del desconcierto. 3. Insólita demostración de cómo agotar la paciencia de los demás y de cómo perder todo rastro de identidad. 4. Notable esfuerzo por conservar la memoria y comprobar que cualquier pasión se degrada con el tiempo. 5. Catálogo antipático y superficial de cómo andar sembrando ambigüedades por ahí. 6. Ejemplo claro de la relatividad de la palabra y de la necesidad de construir diálogos imposibles con el fin de ser respetado. 7. Ridículo y fallido empeño por pasar buenos momentos y alcanzar alturas inmerecidas.

cuatro

La memoria es una **extraña** capacidad que nos permite atrapar y conservar (en forma de recuerdos) el tiempo y el espacio. Es un potencial común a todos los seres vivos, pero en los humanos no sólo se manifiesta en imágenes y sensaciones, sino que, además, se puede expresar a través de palabras de infinita combinatoria. Cuesta imaginar cómo será la memoria de los animales, y más aún, la de los vegetales. Cómo será, por ejemplo, *la memoria de las berenjenas*, o la de las ovejas; seres gregarios hechos para vegetar y dejarse llevar. Según un estudio de una universidad europea, estos animalitos tienen muy buena memoria y no sólo son capaces de reconocer a las personas felices e inteligentes, sino que prefieren interactuar con ellas.



*Me acuerdo de no saber caminar, pero yo ya navegaba a bordo del Marqués de Comillas, un buque con mucha historia que cruzaba los mares de Vigo, Lisboa, Cádiz, Ceuta, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico, Ciudad Trujillo, Curazao, **La Habana**, Veracruz y otras rutas de esperanza.*

cinco

Siempre he tenido más dudas que certezas. Dudo hasta de dudar. La única forma de acercarse a la verdad es dudando. Lo que sí creo —pero tampoco estoy tan seguro— es que nada significa nada. Nada es tan importante, y menos nuestras creencias. La realidad es inabarcable y apenas se puede explicar con discursos parciales y sistemas imperfectos de pensamiento. Sin embargo, cuando uno cree en los milagros, no existen utopías; todo es posible. Se puede ser bueno, y malo a la vez. **La** fe mueve montañas... Pero ¿qué intento decir?, ¿por qué me meto en tantas dificultades? Seguramente por no saber apreciar lo simple y lo sencillo que debe ser el lenguaje y por soltarme a escribir sin filtro alguno. En todo caso —y sólo por esta vez—, que así quede. Después de todo, mis palabras nunca son confesionales ni aluden a la **esperanza**. A veces es necesario provocar ciertas respuestas mentales. Me refiero, concretamente, a los potenciales evocados que, en ocasiones, resultan ser *equivocados*... Asumo las consecuencias que acarree este galimatías. Soy disperso y desesperante. Mis razones tendré para expresarme así, con esta insolencia tan deliberada, mezcla de provocación y disparate. Supongo que mi forma de escribir es producto de la mala educación que recibí de niño y de mi natural rebeldía por

no querer encasillarme en usos y costumbres establecidos. Pero también es producto de mi mente ociosa que a menudo engendra pensamientos (y textos) desordenados.

seis

Es muy probable que la **esperanza sea** el origen de toda desesperanza.

siete

Poco a poco va quedando demostrada mi insolencia y mi desorden mental. Estos textos son un ir y venir a ninguna parte. Supongo que leerlos puede ser desconcertante. Algo parecido a estar perdido y tener que orientarse con mapas y señalamientos incomprensibles. Pero qué puedo hacer si soy confuso. Y no es que siempre lo **sea**: sólo cuando me conviene. Algunos méritos debía yo de tener, aparte de la honradez: el don del convencimiento, la habilidad para cambiar de ideas y de profesión y —aún estando distraído— saber detectar el **talento** deportivo... Las cosas nunca son blanco o negro. En casi todo existen los matices. Y digo en casi todo porque: ¿cuál es la medianía entre verdad y mentira, entre justo e injusto, entre vivo y muerto, entre sí y no?



Me acuerdo de los uniformes del colegio: el de gala, el de diario y mi preferido: el de deportes.



Sinceramente, nunca fui un buen estudiante.

ocho

No tengo vocación de poeta, pero sí un particular **talento** para enmarañar las ideas y los sentimientos con enunciados ilógicos, confusos y contrastados, lo cual denota una manera de ser difícil de precisar. Desde que entendí las ventajas del camuflaje y el cambio de identidad, me planteo seriamente incursionar en la impostura; incluso, por momentos, me gustaría ser otras **personas**.



Me acuerdo de haber escuchado una larga y perturbadora conversación sobre el carácter de los actores y las ventajas de estar siempre a la moda.

La ambigüedad y la contradicción provocan rechazo y desconcierto en casi todas las **personas**. Sin embargo, a mí no sólo me divierten, sino que las considero una buena receta para salir del huacal, desarrollar la intuición y apartarse de esa machacona y frustrante racionalidad que tanto daña a la imaginación. Cuando pinto o escribo, prefiero hacerlo con ironía y de forma contrastada. La ironía sirve para contrarrestar el arrebató y el *entusiasmo poético mal encauzado*, por llamarlo de alguna manera... Intento ser flexible y, aunque soy desconfiado como un tiburón de Groenlandia, procuro estar abierto a lo que venga. Además, nunca me guardo nada y llevo una **vida** saludable. Soy exagerado y mentiroso, dos cualidades imprescindibles para alejarse de las fastidiosas rutinas heredadas y suplir la falta de ideas. Un ejemplo de ello son estas memorias y desvaríos en las que pueden apreciarse, entre otras cosas, las siguientes virtudes e intenciones: 1. Practicar la confianza y el desahogo. 2. Reclamar comunión. 3. Expresar de manera contundente, pero delicada, el enojo que siento por nuestra realidad. 4. Comunicar la necesidad de encontrar aliados. 5. Ser capaz de echar a andar un estratégico despliegue de maniobras (casi militares) para combatir agobios y mantener a raya la melancolía.

Me acuerdo de mi madre y de cómo, con su ejemplo, me enseñó el secreto de la libertad. Más tarde, por mí mismo, aprendería a practicar el alivio de la evasión.

¡Cuidado con quien te cruzas en la **vida**! Puede ser de mala **suerte**.

Decimos ¡salud! cuando alguien estornuda, pero callamos si sufre un ataque de tos, que sin duda es muchísimo peor. Y como en eso, así nos comportamos en todo: erróneamente. ¿Por qué siempre le damos la razón a quienes piensan como nosotros? ¿Por qué una boda trae otras bodas?, o ¿por qué, igual que se dan menciones honoríficas en concursos de arte, no se otorgan *menciones horroríficas*?... ¿Por qué en vez de especular, no preguntamos directamente? Hay cosas que no entiendo. En todo caso, me parece saludable que las dudas se expresen abiertamente, a su **suerte** y sin miedo de decir tonterías. La mente y el alma lo agradecen. Pero ¿qué es el alma? Por mi parte, me confieso un entusiasta creyente del azar. Pienso que todo es producto de la casualidad y que **no** hay que ver el sufrimiento como un mérito ni la desdicha como un castigo. Soy ateo (palabra siniestra), pero no practicante. Aunque prefiero definirme como un *agnóstico convencido*, o como un *escéptico circunstancial* que, por si acaso, reza algunas noches. No me daré golpes de pecho, pero tampoco soy tan mal agradecido. ¿Cuál es la diferencia entre caos y azar?

doce

Quizá sea preferible **no** saber nada, que saber demasiado. Aunque uno parezca un poco tonto, lo mejor es no tener ningún tipo **de** convicciones.

trece

Desde que inventamos el calendario, la monotonía y el aburrimiento forman parte **de** nuestra vida. La rutina nos determina y vivimos condenados a agotadoras prácticas y repeticiones difíciles de modificar. Pero **no hay** que caer en fatalismos; siempre es posible cambiar de ritos y costumbres. No seré un experto en motivación personal ni en teoría de la probabilidad, pero sé que detrás de todo gran logro no sólo está la suerte, sino también la fuerza de voluntad. Un buen resultado (no me gusta la palabra éxito) es consecuencia de una afortunada combinación de azar y voluntad. *Chiripa y chamba.*



Me acuerdo de haber soñado que perdía la voluntad. Después desperté, me amodorré y me volví a dormir.

Resulta paradójico pero hay a quien la prosperidad le hace mucho daño.

Cada día son más vagos mis conceptos. Sin embargo, antes de que se vuelvan más confusos, me gustaría apuntar algunas cosas: 1. Todo artista espera una revelación, aunque no sepa de qué. 2. Tener expectativas artísticas, o de cualquier tipo, puede ser contraproducente. 3. La creatividad depende de muchísimos factores; obviamente del talento, la voluntad, la inspiración, la técnica, la imaginación, y hasta del estado de ánimo. Pero también de otros factores menos conocidos, como el valor de romper con lo establecido, la capacidad de hacer más y decir menos, el saber andar por andamiajes movedizos (literal) y el tener una clara inclinación por la dispersión y el despiñete. 4. Si algo me enoja de un artista es su vanidad, su temerario gusto por el riesgo y su incontenible obsesión por idealizar todo lo que hace. 5. Si algo admiro de los artistas es su pasión, y no el virtuosismo. Pero también admiro su libertad, su irreverencia; el profundo desprecio que le tienen a las instituciones y a los formalismos, sus ganas de cambiar el mundo y su ilusión por jugar y divertirse.

dieciséis

Y hablando de ilusiones: hay días que ayuno, y hay días que hay dos.

diecisiete

Apoyarse principalmente en la técnica es el peor error que puede cometer un artista. La creatividad depende de la capacidad de adaptación a la soledad, la disposición para olvidar lo aprendido y, principalmente, de la inquebrantable convicción de romper absolutamente con todo.

dieciocho

No hay que caer en generalizaciones o en absurdos errores de apreciación; un buen artista no deja **de** serlo por **la** simple razón de ser reaccionario, antipático, egoísta o exageradamente vanidoso.

diecinueve

Ubicarse en los extremos es a veces lo más razonable, y no, precisamente, un acto de provocación. Crear y destruir son dos caras de **la misma** moneda.

¿Se puede crear sin producir objetos? ¿Es necesario objetivar las ideas? La verdad, no lo sé, ni me importa demasiado meterme en esos asuntos del arte conceptual. Lo que sí me importa, y mucho, es romper con la rutina, con las inercias creativas. Siempre intento renovarme, no repetirme. Pero no es tan sencillo. De una u otra forma, siempre acabo haciendo lo mismo. Como decía mi madre: *c'est la même chose la campana que la cloche*, que equivale, más o menos, a decir: la misma gata pero revolcada... También me importa pasarla bien. Y no estoy hablando de divertirme, más bien de la paz que da el sumergirse en uno mismo y observar su propia conciencia y estados de ánimo. Me refiero a la introspección, y no a esa paz de pacotilla que pregonan algunos charlatanes del esoterismo a través de prácticas corporales y monsergas incomprensibles inspiradas en ideas (indudablemente respetables) de la tradición oriental y la psicología occidental, pero que nada tienen que ver con la experiencia y el conocimiento. En todo caso, no sé qué es peor: si la sabiduría de los ilustrados o la de los ignorantes... Es un suplicio tener que escuchar ese tipo de reflexiones encapsuladas que, en apariencia, parecen ser profundas. ¡Touché!

Me acuerdo de la jaqueca que me provocó la (aterradora) Banda Limón. Lo de Celso Piña fue otra cosa. Fue un ataque de taquicardia.

Una cosa es dejar de lado la diplomacia y permitir que fluya el pensamiento en bruto, sin pulir, con todo y sus fallos, lagunas e impertinencias; y otra, el *abuso de franqueza*. Hay que estar atento para evitar la majadería y controlar a esa mala persona que (todos) llevamos dentro... Es importante aprender a comunicarse con tacto y delicadeza desde la sinceridad del corazón. Hay cosas que se piensan pero que no deben decirse porque son indignas de mención, y porque sólo acarrearán conflictos, desavenencias y crispación. Es muy fácil **ver** los errores en los demás, pero muy difícil reconocer los propios. ¿Por qué juzgamos al prójimo, en vez de ayudarlo? Y no es que se trate de andar vestido de niño explorador ni de hermanita de la caridad, pero a **veces** convendría ponerse en el lugar de los demás.

A **veces** me invaden, simultáneamente, extrañas sensaciones de triunfo y de derrota.



*Me acuerdo de haber tenido una fuerte sensación, mezcla de certidumbre y **misterio**.*

Todo **mi**sterio, por definición, es bello y seductor... Más que guiarme por certezas y por excesos, me gusta desenvolverme en la ambigüedad y la moderación. Soy partidario de comunicarme con pocas palabras, de preferencia con más de un significado, para que surjan distintas posibilidades de interpretación. Por el momento, no quisiera explayarme en este asunto ni justificar mis puntos de vista. ¿Qué caso tiene entrar en dimes y diretes y engorrosas aclaraciones que sólo dejan frustración? Soy supersticioso como un gitano, y si lo hiciera, estoy seguro de que la **suerte** se volvería en mi contra. No es pretexto ni desidia, sólo quiero contener mi impulsiva costumbre de polemizar. Discutir es peligroso y, por eso, intento evitar las discordias que acarrea la defensa apasionada de opiniones y criterios radicales. Aunque no lo parezca, soy un hombre sereno; que no es lo mismo que indiferente.



Me acuerdo de sortear unas altas y embravecidas olas en la playa Condesa de Acapulco.

A veces tengo la sensación de estar viviendo mis últimos momentos. Es un presentimiento doloroso y perturbador, una especie de advertencia que me recuerda que la muerte siempre está rondando por ahí. Todos tratamos de evitar el dolor. Es lo más natural. Sin embargo, muchas veces pienso que lo mejor, lo más digno, sería soportar lo que nos toque en **suerte**. No ofrecer ninguna resistencia, abstenerse de luchar, puede ser –en determinadas circunstancias– la mayor muestra de amor por los **demás**.

Se está perdiendo el sentimiento de comunidad y a nadie le importa lo que le pasa a los demás. La mayoría de la gente habla mal de sus semejantes. En todas partes se escucha ese intrigante murmullo que producen los chismosos. Por fortuna, son muchas más las personas juiciosas y discretas que quieren ayudar. Nadie puede estar en paz consigo mismo sin antes reconocer sus miserias y solidarizarse con la gente... Hay muchas formas de pobreza, y la peor no es, precisamente, la falta de dinero, sino la falta de empatía y demás valores humanos.

Por fortuna, a veces pierdo la facultad de pensar coherentemente.

Este *pastiche* o *collage intertextual*, o como quiera llamársele, tiene por objetivo principal mantenerme ocupado. Pero también intenta construir, a través de la confesión y la impertinencia, una cartografía personal, un mapa de recuerdos, deseos, quebraderos de cabeza y ocurrencias personales. Es bueno **pensar**. En lo que sea y como sea. Cada quien según sus posibilidades; con sus defectos y sus virtudes... Por fortuna, existen mentes brillantes que escriben frases tan extraordinarias como éstas: 1. “No hay diferencia entre los sueños de un carnicero y los de un poeta” (Cioran). 2. “Generalmente los elefantes se dibujan más pequeños que al natural, pero una **pulga**, siempre más grande” (Swift).



Me acuerdo de haber olvidado varias palabras. Por supuesto, no sé cuáles eran.

La experiencia me ha enseñado que nada se arregla con la violencia. Antes no lo tenía tan claro y me gustaba fanfarronear. En mi juventud pertenezco a una pandilla. Éramos un grupo de amigos del colegio, que no es que tuviéramos malas intenciones (nunca le hicimos daño a nadie), pero sí una conducta grosera y desafiante. Nuestra actitud correspondía a una apremiante necesidad de adaptación y al miedo que sentíamos por lo desconocido; al terror que nos producía el futuro y la proximidad de tener que asumir responsabilidades. Éramos ignorantes y pendencieros; unos temerarios adictos a la adrenalina que –en todo momento– estábamos *dispuestos a quemar la cobija con tal de encontrar la **pulga***. Pero ¿cuánto tiempo podíamos vivir así?



*Me acuerdo de la brutal paliza que **me** propinaron unos pandilleros de la colonia Polanco en Ciudad de México. Por andar de gallito redentor, casi me crucifican.*

Hay muchas formas de cagarse, pero hay dos que **me** parecen muy interesantes; una es de miedo, y otra, **de** risa.

Por momentos tengo la triste percepción de que el mundo se precipita en el caos. Y lo peor: que poco, o nada, hacemos por evitarlo. Parte del problema se debe a esa insensata actitud de convertir el planeta en un parque temático global. Y es que mucha gente sólo piensa en divertirse y, además, está dispuesta a pagar lo que sea necesario con tal **de** eternizar el jolgorio. Nos hemos acostumbrado a vivir en el exceso, y no sólo eso: nos dejamos arrastrar por malos hábitos personales (**nada** que ver con prejuicios o moralinas) y pautas incorrectas de consumo, controladas por oscuros intereses y sofisticados sistemas cibernéticos. Eso sin contar los engorrosos protocolos que han venido a desplazar el sentido común. Nada va a cambiar si no empezamos a actuar. Mientras tanto, ¡que viva la Madre Superiora, la libertad de expresión y el derecho a hacer lo que uno quiera! A fin de cuentas, cada quien puede comportarse como le dé la chingada gana... Perdón por el exabrupto, pero ya saben que el desatino y la exageración son dos de las “virtudes” que más me empeño en cultivar.

No me imagino algo peor que no hacer **nada** y **vivir** en el vacío.

Sólo deberíamos hacer aquello que nos haga bien, que no es lo mismo que hacer lo que nos dé la gana. No hay que dejarse llevar por las apariencias, y menos por las creencias o las conveniencias. Nada garantiza la felicidad, ni tan sólo un rato de alegría. Si se trata de escoger, yo prefiero pasarla bien; **vivir** a tope *como la tilde de la ñe*. Comprendo que la **estupidez** y el conformismo sean una opción. Allá cada uno y sus ideas. Por mi parte, lamento mucho las veces que no tuve la suficiente claridad, inteligencia y sensibilidad para descifrar mi entorno. Sin embargo, y gracias a mis errores, he podido profundizar en mi propia conciencia.

Me acuerdo de la vez que un borrachín me soltó este rollo, mezcla de José Alfredo Jiménez con Bob Dylan: “la vida no vale nada, nos tira como a una piedra, y ahí nos vamos. ¿Por qué le habrán dado el Premio Nobel de Literatura a Bob Dylan, y antes no se lo dieron a José Alfredo o a Juan Gabriel?”.

treinta y tres

¿Por qué corremos? ¿Por qué vivimos instalados en la inmediatez atendiendo, la mayoría de las veces, asuntos absurdos o innecesarios? Tal parece que queremos estrellarnos contra un muro y arruinarlo todo. De nada sirve buscar explicaciones a la **estupidez**. La velocidad es la peste de nuestro **tiempo**, y todos estamos contagiados. La prisa nos hace equivocar, nos desorienta y nos hace olvidar. Según Milan Kundera, “existe un vínculo secreto entre la lentitud y la memoria, entre la velocidad y el olvido”. A veces corremos por pura ansiedad, por imitar conductas, o lo que es peor: para palomear, y no me refiero a la caza de pichones, sino a la acción de marcar con un pequeño signo las tareas cumplidas.



Me acuerdo de una mujer mayor que me explicó la importancia de la lentitud y lo absurdo de los apresuramientos.

treinta y cuatro

La vida es corta, y triste el despilfarro. Ya no tengo **tiempo** para perder **el tiempo**.

Hay cosas que me gustan y, a la vez, me disgustan. Disfruto de dormir, de dejarme llevar por el ocio y la indisciplina, pero me preocupa demasiado la desconexión y la pasividad. Y no me refiero a ese relajamiento, a esa quietud ambigua y provechosa que nos cura y que aparece cuando las cosas dejan de sorprendernos y se vuelven imperceptibles. Estoy hablando de esa calma chicha que no dura tanto pero que presagia cambios y emociones importantes. Esa paz sí me gusta... Hay días en los que no soporto la rutina, y hay días en los que disfruto hasta de la *burocracia existencial*. Es verdad que la rutina nos hace sentir seguros y productivos, pero también faltos de motivación y deprimidos... A veces me gustan las fiestas y las celebraciones. A veces las aborrezco... No hay que ver sólo una cara de la moneda ni adoptar costumbres heredadas sin antes discutir las. Las tradiciones son una carga muy pesada... ¿Por qué inventamos tantos festejos? ¿No son ya demasiadas *efemérides*?



Me acuerdo que, desde siempre, al empezar el otoño, se disipan mis penas.

Cualquier interpretación histórica, por objetiva que parezca, no deja de ser una visión parcial y distorsionada de la realidad. Y es que, en mayor o menor grado, toda crónica es falsa e incompleta; entre otras razones porque proyecta, generalmente, la opinión, los sentimientos y las creencias del narrador. Cualquier biografía es un *inventario*,* un registro de acontecimientos y *efemérides* supuestamente verídicos y relevantes en la *vida* de una persona. Sin embargo, cualquier crónica está plagada de intenciones. No sólo es importante el conocimiento que se tenga sobre un tema; muchas veces pesa más el dictado de esa voz interior, el consejo de ese Pepe Grillo que nos susurra al oído lo que está bien y lo que no. Finalmente, todo es cuestión de enfoque y de conciencia. Pero la conciencia también se equivoca... Si en verdad queremos descubrir el fondo oculto de un relato, es necesario hilar muy fino para distinguir lo que es producto de la memoria, de la razón o del sentimiento... Hay quien prefiere tener la razón, que conocer la verdad.

* La palabra inventario, además de significar lista de lo hallado o catálogo de cosas, creo que tiene mucho que ver con el vocablo inventar.



Me acuerdo de mi primer afécto: la naturaleza; y de mi primera aversión: el sentimiento de soledad.

treinta y siete

Todo en la **vida** forma parte de un perverso y enmarañado plan para desaparecer poco a poco y, un día, escapar definitivamente sin dejar rastro alguno.



*Me acuerdo de una interesante conversación sobre la diferencia que existe entre la depresión y los sentimientos nostálgicos. En su momento, esa charla me sirvió para aclarar algunas dudas y ahuyentar el **pesimismo**.*

Antes no sentía tanta angustia ni tanto **pesimismo**. Hoy, en cambio, mis preocupaciones y mi percepción del peligro son mayores. Antes, seguramente, era más ingenuo, o quizá vivía ensimismado.* No lo sé. Sea como sea, las ilusiones que tenía —aunque carecían de fundamento— las asumía con más naturalidad y pasión, sin tanto miedo. Es verdad que mis expectativas han menguado, y lo peor: que como prueba de que algo anda mal fuera de mí, empiezo a notar una preocupante pérdida de brillo en la mirada de la gente... Por suerte, me he vuelto más reflexivo (iba a decir cínico) y mi energía la ocupo en cosas más importantes. Además, he logrado apartar de mi mente algunas amenazas abstractas; mis temores se han vuelto más reconocibles, más concretos y específicos. Aunque, no por eso, más fáciles de controlar. Uno nunca deja de preocuparse ni de sentir **miedo**... Y me pregunto: ¿habré fracasado? Creo que no. Sería injusto pensar lo contrario. He tenido mucha suerte y, hasta cierto punto, buen criterio. Las personas fracasan por muchas razones, pero, sobre todo, por falta de oportunidades o por no saber aprovechar las que les tocan.

* En este caso creo que lo correcto sería decir *ensimismado*.

Me acuerdo de haber llegado al extremo de querer atentar contra el orden establecido, y lo peor: que poco me importaban las consecuencias.

La inquietud es un estado natural del ser humano. Lo mismo que el miedo, el pesimismo o el sentimiento de soledad.

¿Por qué no iniciar, de una vez por todas, el cambio que tanto se necesita? Si realmente queremos mejorar, habría que empezar a actuar de manera conveniente: sin caprichos ni egoísmos. En primer lugar, haría falta rescatar el valor de las cosas sencillas y modificar los criterios que se tienen sobre ciertos conceptos, como los de normalidad y felicidad. Además, sería necesario erradicar todo tipo de tabúes (religiosos, psicológicos o sociales) y ser más prácticos y concretos. Por supuesto que, también, deberíamos asumir algunos riesgos, generar más acciones que palabras y explorar nuevas formas de relación. ¿Por dónde empezamos?

cuarenta y uno

Mientras unos creen en la magia y en el poder de lo oculto, otros confían ciegamente en la ciencia y la razón. Por **supuesto**, yo formo parte de éstos últimos, aunque considero que ubicarse en los extremos siempre es peligroso. La ciencia también se equivoca. Los dogmas y las prácticas fundamentalistas se dan no sólo en la religión, sino también en la ciencia y, en ambos casos, nos restan posibilidades de entendimiento. Es mejor observar las cosas desde varios puntos de vista; de preferencia, desde posiciones intermedias y contrastadas, y sin caer en antagonismos. En política, por ejemplo, es muy peligroso llegar a los extremos. Lo más sensato es ubicarse en posiciones moderadas... Si bien es cierto que en cuestiones económicas algunas políticas conservadoras parecen acertadas, no conozco a nadie que pueda presumir ser de derechas. En temas de justicia social, no tengo ninguna duda; los mejores argumentos siempre están del lado progresista y liberal. Ahora bien, cuando no nos convence una propuesta, pienso que la abstención puede ser una forma legítima y poderosa de resistencia y **rebeldía**. ¿Qué sentido tiene votar por el menos malo? ¿Por qué engañarnos con falsos argumentos sobre la obligatoriedad de participar? ¿Por qué apoyar a políticos corruptos y embusteros (perdón

por la redundancia), a sabiendas de que lo son, y de que, ya empoderados, harán lo que les dé la gana con nuestra confianza? Es verdad que contamos con adecuadas herramientas de expresión y control político; sin embargo, todavía existen prácticas tramposas que limitan el ejercicio democrático, sobre todo en lugares donde lo habitual es el abuso y la manipulación... Por suerte existe un antídoto secreto (por eso no lo revelo) contra todos los males. Me refiero a la única receta capaz de hacer feliz a cualquier ciudadano: la poderosa fórmula *tres más cuatro*.

cuarenta y dos

Zambullirse en agobios y dificultades inventivas, o forzar complicidades y tensiones entre elementos distantes resulta entretenido, pero, sobre todo, puede ser una buena estrategia creativa. Preguntar si la palabra origina las ideas, o al contrario: si las ideas originan la palabra, es lo mismo que preguntar qué fue primero, si el huevo o la gallina. En todo caso, lo importante no es la idea ni de dónde viene, sino a dónde se la lleva... El arte viene del arte. Cualquier idea surge de una idea previa y da igual cómo se le llame: copia, robo, apropiación, reinterpretación o metáfora. Todo pensamiento original es un chispazo; un destello ocasionado por la fricción de dos o más elementos contrastados, pero también una anunciación modificable, una revelación que –para llegar a buen término– necesita de altas dosis de voluntad, fortuna, rebeldía, insolencia, curiosidad, paciencia y masoquismo... Una buena receta creativa es meterse en camisa de once varas; hurgar en el misterio, buscar en la nada hasta que aparezca algo milagroso e inspirador; abandonar la línea recta y acostumbrarse a vivir metido en embrollos y desconciertos... Para todo hay gustos, formas de ser y pensar, de apoyar la cabeza sobre la almohada, de rascarse la nariz, de angustiarse, de domar potros, de bailar huapango, de pasar el tiempo,

de ver el mundo, de corretear la chuleta, de caminar, de ser feliz o infeliz, de masticar los alimentos, de chiflar el himno nacional, de arrullar al niño, de aburrirse, de cazar conejos, de complicarse la vida, de saludar al sol... de marear la perdiz.

No sé a qué se refiere eso de la sobrepoblación. El mundo se está vaciando de seres humanos.



Me acuerdo del día en que entendí el gran infortunio que representa para el planeta la existencia del hombre.

Un día pensé que no lo hacía mal y comencé a pintar. Tiempo después, por imprudente, por temerario, me atreví a escribir y a incursionar en otros territorios. La multidisciplina constituye, desde siempre, un poderoso e inagotable campo de exploración. No es de extrañar que tantos creadores practiquen la doble, triple o múltiple militancia.

cuarenta y cinco

El acto de **pintar** tiene dos aspectos: el material y el espiritual. El primero tiene que ver con la técnica y los materiales; el segundo, con la intención, la **sinceridad** y la emoción.

cuarenta y seis

No soy tan insociable como parece. Lo que pasa es que siento un ligero desapego hacia mis contemporáneos y tiendo a desentonar con el entorno. Y todo por añorar historias y lugares que jamás viví; por culpa de la guerra civil, del exilio de mis abuelos, y de la consecuente precariedad y desarraigo que marcó nuestra vida familiar. Todavía no sé, después de tantos años, cómo llevar con mejor humor la cansada condición de ciudadano hispano-mexicano-casi-catalán o, lo que es lo mismo: de ciudadano de ninguna parte. Por fortuna, y contra todo pronóstico, no me volví tan antipático como otros que conozco con mi misma historia. No importa que me entiendan ni lo que piensen de mí. Tampoco voy a andar por ahí, mostrando (a la distancia) mis calcetines rojos y amarillos con estrellitas blancas sobre un cielo azul. Ya saben de lo que estoy hablando. En todo caso, lo que quería decir es algo muy distinto: que no está bien perder el equilibrio ni pintar (o escribir) para agradar. La manera correcta de hacerlo es con **sinceridad**, y sin hacer concesiones... Por eso no me gustan los encargos.



Me acuerdo del hedor de mi perra “Cachi” después de revolcarse en mierda de vaca. No era un olor que me molestara en particular, pero tampoco tan grato como el de tierra mojada por lluvia matinal.

cuarenta y siete

Es preferible tirar piedras al agua y hacer patitos, que querer explicarnos el arte de nuestros días. Salvo contadas excepciones, me da igual lo que hagan los artistas contemporáneos... ¿Hay algo más importante que el sentir?



*Me acuerdo de una noche de luna llena en **la** que escuché un inquietante grito.*

cuarenta y ocho

Las intenciones ocultas no afectan a nadie. Primero, porque son intenciones; segundo, porque son ocultas. ¿Es posible ser prudente y delicado, y a la vez, sincero y espontáneo?



Me acuerdo —sin rencor— de alguien que quiso lastimarme.

cuarenta y nueve

Es común que la gente dubitativa piense que todo está mal. Sin embargo, y contrario a lo que pueda pensarse, los espíritus vacilantes tienen muchas más posibilidades de ser felices, ya que sólo alcanzan la tranquilidad de conciencia quienes saben vivir en la contradicción; quienes son capaces de sacar provecho de sus sentimientos antagónicos.



Me acuerdo de sentir una inmensa rabia sin saber por qué.

cincuenta

Sólo hacen falta dos cosas para conservar la esperanza: un amuleto para salir de casa y otro para regresar.



*Me acuerdo de un sabio **que**, no es que desvariara mientras barría su calle, hablaba consigo mismo.*

cincuenta y uno

En mi patio creció un girasol desorientado **que** da la espalda **al** sol.



Me acuerdo de jugar a “la ratita” con un pequeño espejo de mi madre.

Algunas creencias nos acercan al paraíso. Otras, sin embargo, nos alejan de cualquier posibilidad de salvación. En cuestión de ideas, como en casi todo, prefiero ser pragmático, discreto y precavido.



Me acuerdo de la vez que mi hermano me preguntó: ¿por qué no te vuelves más contemplativo? Y yo, que andaba de mal humor, le contesté: porque no tengo tiempo para pendejadas. Se enojó tanto con mi respuesta que dejó de dirigirme la palabra durante varios meses.

La falta de memoria puede ser una extraordinaria fuente de iluminación, pero también una de las principales causas de enredos y mentiras. Esto lo digo por experiencia personal, porque he observado que los desmemoriados suplimos con la imaginación nuestra falta de retentiva. Tener esa capacidad es, sin duda, una gran fortuna, pero también una desdicha capaz de arrastrarnos a falsedades y exageraciones.



Me acuerdo de Aviñón. Mientras visitábamos L'ancien Château du Pape, nos robaron la documentación y casi todo lo que llevábamos.

Me gusta **la** gente seria porque es la **más** divertida.

No quiero preocuparme demasiado por mi mala memoria. A fin de cuentas, el olvido no es un acto estrictamente voluntario. La memoria es muy difícil de controlar; es caprichosa y selectiva, y se rige por criterios subordinados a preferencias y deseos ocultos. Recordamos las cosas no precisamente como fueron, sino como nos conviene recordarlas. Por eso existen tantas versiones de un mismo asunto. La memoria está llena de prejuicios. Recordar se asocia a fidelidad, mientras que olvidar se asocia a traición... Recordarlo todo sería insoportable; pero olvidarlo todo sería catastrófico. **Más** que guardar fielmente un recuerdo, lo que hacemos —en mayor o menor grado— es **imaginar** lo que pasó. Y esto sucede tanto a nivel personal como colectivo. La memoria social determina la memoria familiar, y ésta, la individual. Trátese de asuntos importantes o intrascendentes, públicos o privados. Lessing decía que la literatura y la historia son dos ramas de la memoria, y que, según el contexto donde se desarrollen, expresan verdades o mentiras... Una cosa es recordar, y otra, documentar la memoria; sea como texto original, grabación, fotografía o película... Pero ¿a qué vinimos al mundo? ¿A tener experiencias o a documentarlas?

*Me acuerdo de unos hámsters (no confundir con hipsters)
que murieron, no sé si quemados, o de diarrea por comer
papas crudas.*

Imaginar es pensar en la posibilidad de otras cosas. Ahora bien: hay cosas útiles y hay cosas valiosas. Lo importante es entender la diferencia.

cincuenta y siete

Por llevar cargando muchas cosas perdí un guante que, de todas las prendas de vestir, es la más fácil de extraviar. Sin embargo, gracias a ese pequeño incidente, entendí que la impaciencia y el vicio de acumular son de muy mal gusto y, además, acarrear serios riesgos para la salud... Parece que no aprendemos. Todo nos parece demasiado lento y demasiado poco. Corremos todo el día tratando de aliviar nuestro vacío y nos atiborramos irracionalmente de objetos, responsabilidades y compromisos innecesarios. Es bueno tener ambiciones, pero no está bien querer adueñarse del mundo entero. La codicia es un vicio, pero, además, es inmoral. Lo mejor es llevar una vida sencilla, austera, y practicar, frecuentemente, el sexo tan (t) rico.

cincuenta y ocho

No entiendo por qué hay personas que me toman en serio, cuando siempre estoy de guasa. Y si a veces parezco sensato, sinceramente, no lo soy. Ni yo mismo me doy cuenta cuando digo las cosas en broma, o en serio. Además, siempre he sido impaciente. Soy impulsivo y, generalmente, me lanzo como “El Borrás”;^{*} sin miedo a nada ni a nadie. Poco me importa lo que digan de mí y, menos, lo que piensen los escritores o los pintores. Al fin y al cabo, a pocos les tengo admiración. Respeto, sí. Eso es otra cosa.

* Lanzarse como “El Borrás” es una expresión muy mexicana que significa actuar intempestivamente.

Reconozco ser una persona sarcástica; alguien capaz de convertir un asunto serio o importante en una ironía o en una ocurrencia. Mis comentarios, casi siempre, parecen provocaciones y suelen irritar. Sobre todo en estos tiempos que corren: tiempos de querer destacar, tiempos de **miedo**, de inmediatez, de presagio; tiempos de apariencia, de bullicio, de narcisismo; tiempos de urgencia y reconciliación. Reconozco, también, que me cuesta mucho moderarme, y que debería de aprender a no expresarme con tantos juicios de valor y **sentencias** categóricas. Por otra parte, no sé qué nos está pasando; nos hemos vuelto demasiado susceptibles. Todo mundo se ofende. Pienso que hacer lo políticamente correcto limita la libertad de pensamiento.



Me acuerdo de algunas personas que no saben despedirse; de ciertas visitas que no deberían prolongarse; que cuanto antes se marchen, mejor.

La impaciencia y la emoción por el peligro son dos **sentencias** de **muerte**.



Me acuerdo que siempre fui impaciente.

Si lo único seguro es la **muerte**, ¿por qué temerle? Cuando, además, ella sabe perfectamente **lo** que hace.

La pérdida de un ser querido nos recuerda lo breve que es la vida. Sufrimos el dolor que nos produce la ausencia de quienes se van; y **lo** peor: que no sabemos a dónde. Durante el duelo pasamos de la entereza a la desesperación y viceversa. **Pero**, con el tiempo, nos sobreponemos y seguimos adelante. Lo mejor que podemos hacer es aceptar lo inevitable, soportar el dolor de la ausencia y —lo más pronto posible— volver a ocuparnos de quienes (aún) estamos.

¶

Me acuerdo de muchos familiares y amigos que ya murieron.

sesenta y tres

Nunca ha sido bueno tener un “tío caca”, ni un suegro pescadero, ni un padraastro marinero. Fumar mata, **pero** pintar y escribir también. Perdonen mi extraño **sentido** del humor. A todo el mundo le está permitido matar moscas, pero no elefantes.



Me acuerdo de mis juguetes preferidos: el balón de futbol, la bicicleta y el papalote.

sesenta y cuatro

De vez en cuando conviene cuestionar al **sentido** común, porque o no funciona, o sirve de muy poco para encontrar las soluciones que necesitamos. Resulta paradójico que muchas respuestas a nuestras dudas o vacilaciones aparezcan justo cuando no las buscamos; cuando vamos distraídos o, incluso, cuando estamos perdidos. Si no funcionan los patrones y las reglas establecidas, lo mejor es cambiar de estrategia, romper con convenciones y protocolos, y explorar otros caminos. A veces es mejor apartarse de la lógica y no repetir obstinadamente las mismas rutinas lineales y circulares de pensamiento. Reconozco que es una forma arriesgada de actuar, de **mirar** el mundo. Pero funciona.



Me acuerdo de jugar a trasladarme de un sitio a otro sin tocar el piso.

¿Qué necesidad tiene un pintor de aducir tantos argumentos y justificaciones? Aprender a **mirar** y **pintar** lo mejor posible es lo único que debería preocuparle.

Cuando empiezo a **pintar** o a escribir, todo es incertidumbre, nunca sé qué va a pasar. Y es que durante el proceso creativo pueden suceder cosas tan extrañas y sorprendentes **como** que la herramienta que utilizamos cambie de función. Un lápiz es para aprender a escribir, pero también para dibujar y hacer listas de pendientes. ¿Qué mancha más: un lápiz o un pincel?

Nada permanece; todo pasa y se olvida. Y da lo mismo que sea algo tan grande como el Universo, o tan pequeño como una sonrisa.



Me acuerdo de una repentina y furiosa tormenta en el Caribe. Casi naufragamos.

El arte no debería ser un alarde de técnica y destreza. Tampoco un adorno, ni un entretenimiento. Conozco muchos pintores que, si bien son virtuosos en su oficio, tienen más mala leche de la que parece. Son *artistas mercenarios* que lo único que buscan es enriquecerse complaciendo los gustos más vulgares, sin importarles atiborrar el mundo de ornamentos, trebejos y obras pretenciosas y, por lo tanto, ridículas.

Hay a quien el talento le sirve de muy poco. Porque o no lo cultiva, o se pierde en él. A muchas personas sus habilidades sólo les sirven para alimentar su narcisismo y satisfacer ese (absurdo) anhelo de fama que envuelve, por pequeño que sea, todo proyecto humano. La vanidad opaca cualquier virtud.

Es muy fácil entrar en un callejón sin salida. Lo difícil es salir. Me considero una persona flexible, sin embargo no tolero el abuso; del tipo que sea: del poder, de género, de la palabra... No me gusta la ilegalidad. Respeto las normas, pero no me parece correcto extralimitarse en su aplicación. Tampoco me gusta el victimismo ni el abuso de los irresponsables o la *tiranía de los perezosos*. Nadie tendría que abusar de nadie. Otra cosa es aprovechar la ocasión y *sabroarse* al profesor de deportes, como hacen algunas mamás mientras esperan a sus hijos a la salida del colegio. Eso no es un abuso. A fin de cuentas, todos somos libres de mirar (y pensar) lo que nos dé la gana.

Me acuerdo de ir con un amigo, los dos muy formalitos montados en una motocicleta, a buscar trabajo en la Tintorería Francesa.

Hay quien piensa que lo mejor es no involucrarse con nada ni con nadie; no comprometerse. Yo creo que la apatía es un grave defecto. La indolencia de unos cuantos afecta a **todos**. Pero **¡cuidado!** No es lo mismo no hacer nada, que hacer nada... Hacer nada es hacer algo. Es poner la mente en reposo con el fin de recuperar el equilibrio y ser más creativos. Sin embargo, para hacer nada, hay que tener una gran fuerza de voluntad. Se requiere –como en los actos de contemplar y meditar– de mucho esfuerzo y mucha concentración.



Me acuerdo de un pariente lejano que nunca supimos si murió de hipotermia o de rabia contenida.

¡Cuidado! La medicina cura, pero **también** enferma.

Hay quienes afirman que las cosas suceden al margen de las leyes naturales. Son personas que dicen que las cosas pasan por algo (así de indefinido) y nunca se plantean la necesidad de explicar por qué pasan esas cosas... Perdón por escribir estas cosas y por no llamar a las cosas por su nombre. Y es que empiezo a sentir las primeras señales de un brote psicótico causado por el estrés, pero también provocado por mi desquiciada forma de decir las cosas. En fin, que las cosas siempre pasan por algo... Tengo una duda: ¿qué cosa es la palabra cosa?, ¿un sustantivo, un adjetivo o una *muletilla del pensamiento*? Perdón por *cosinar*.*



Me acuerdo de una persona que no es que fuera muy buena, pero tenía por principio ser amable con todo el mundo.

* Neologismo que significa abusar de la palabra *cosa*.

En ocasiones es preferible imaginar la realidad que conocerla. Las apariencias engañan y a veces es necesario renunciar a la lógica de las cosas para conocer la verdad. Hay creencias y prejuicios que nos impiden avanzar; que se convierten en una pesada carga, como lo es, por ejemplo: el afán por conservar, a toda costa, nuestra identidad. Yo nunca me he arrepentido de cambiar de rumbo. Más bien, lamento no haberlo hecho en varias ocasiones. Al fin y al cabo, cualquier percepción de la realidad es subjetiva; un engaño, un espejismo. No es lo mismo unos pastor alemán, que unos pastores alemanes. ¿Estamos?

Carecemos de futuro por puro egoísmo, por no pensar en los demás. Las ciudades se han convertido en espacios de agobio e inseguridad por culpa de la voracidad de los políticos y empresarios que quieren hacernos creer que el bienestar y el progreso deben asentarse sobre el imperio del automóvil, la proliferación comercial y el turismo. Deteño a los políticos que ocultan detrás de una falsa sonrisa sus verdaderas intenciones, y que siempre, llegando al poder, se olvidan de lo que prometieron, destruyen la esperanza de la gente y actúan sólo en su beneficio. Por su culpa estamos como **estamos**. Sé que hay otras maneras de expresarse, pero hoy necesito desahogarme: ¡hay demasiados políticos que son **una** mierda, unos *sonsofabitch!*

◊

Me acuerdo de la primera vez que decidí no votar porque no quise ser cómplice de políticos corruptos.

En momentos de crisis es común equivocarse y no saber *distinguir la caca de la mostaza*. Y esto lo digo pensando en el arte contemporáneo, que si bien es verdad que nos cuestiona y nos hace reflexionar, no acaba de convencerme. Salvo honrosas excepciones, me parece un *arte artero*, tramposo y falto de calidad. Tengo muchos amigos metidos en esto, pero debo ser sincero. Creo que el arte contemporáneo es **una** moda, y que, como tal, está destinada al olvido. Y lo peor: que el arte de nuestros días me parece un motín de advenedizos que, abusando de la estupidez colectiva, ha sabido embaucar a buena parte de la sociedad, imponiéndole –la mayoría de las veces– un gusto perverso por expresiones groseras y vacías. Y aunque desde hace tiempo abundan las voces que lo vienen denunciando, se les sigue alentando y concediendo unos valores que, sinceramente, no creo que tengan. Me parece incongruente que unos cuantos charlatanes (**artistas** y promotores) con aires de grandeza, presuman de conciencia social, cuando, evidentemente, viven instalados en el egoísmo y la frivolidad. Y más aún, cuando para la mayoría de las personas –incluidos los artistas– sólo existe una desesperada lucha por la sobrevivencia. Cómo no voy a criticar a esos impostores que, además, desprecian la

pintura y viven instalados en el hedonismo... Por mi parte, no tengo ningún empacho en reconocer que soy un *artista anacrónico*, y que *no soy un artista contemporáneo, ni quiero serlo*.

setenta y siete

Las cosas pasan por dos razones: por casualidad y por causalidad. El futuro es impredecible y hay que estar preparados para cualquier contingencia... No siempre se debe echar mano de la voluntad y el compromiso; a veces es preferible dejar fluir las cosas y no darle tantas vueltas a la cabeza, ni asumir tantos riesgos y responsabilidades. Lo digo por experiencia y porque he observado que las mejores soluciones llegan de manera natural, espontáneamente. Los *artistas* nunca saben exactamente lo que hacen ni por qué lo hacen. Y esto se debe a la dificultad de comprender en su totalidad la forma como se relacionan las distintas áreas del conocimiento. Las artes no sólo se conectan entre sí, sino también con un amplísimo conjunto de habilidades, creencias y conocimientos provenientes de diversos campos de la cultura, como la *ciencia*, la historia, la literatura, la filosofía y la política. Un artista, además de talento y amplios conocimientos, debe tener un método de trabajo y una estrategia creativa. Un buen consejo para desarrollar la creatividad es concentrarse más en los procesos que en el resultado y observar, con actitud crítica y abierta, la manera como se originan y desarrollan las ideas. La práctica artística demuestra que no hay límites para la

imaginación y que a través de ella es posible alcanzar un espacio de libertad y pertenencia a este mundo.

setenta y ocho

Al arte y a la ciencia le tienen absolutamente sin cuidado la ética y las delimitaciones culturales de cualquier tipo.

Sólo es creativo quien reconoce el valor relativo de las cosas y es capaz de dar *saltos fuera de la jaula*. Le está negada esa chispa a quienes no escarban en el misterio y no logran entender que lo incierto propicia lo extraordinario. Lo mismo les pasa a los artistas que no tienen disciplina o un buen sistema de trabajo que les permita detectar y recuperar **las** sorpresas ocultas detrás del proceso de creación... Por eso me gusta tanto el arte encontrado (art trouvé, foundart o ready-made), porque es la forma de expresión artística más libre, radical, espontánea y sorpresiva que conozco. Tanto para el espectador, como para el propio creador. (Si un artista no logra emocionarse mientras trabaja, menos podrá transmitir un sentimiento a los demás.) Afortunadamente las estrategias creativas son infinitas, lo mismo que las formas de percibir el arte... Y otra cosa muy importante: para crear, hay que dormir bien. El insomnio afecta no sólo la salud en general sino también la memoria y la imaginación.



*Me acuerdo de lo importante que fue para mí descubrir la fuerza expresiva del contraste radical del color sobre el blanco **y** sus matices.*

Para sorprender **y** atinar, no hay que hacer aquello que los demás esperan que uno haga. (Perogrullo.)



*Me acuerdo de cuando empezaba la temporada de lluvias y aparecían, por todas partes, brotes **de** hierba y zompopos de mayo.*

Cualquier receta para sentirse bien pasa, forzosamente, por moderar la ansiedad, no porfiar y estar abierto al cambio: climático, de costumbres, de ideas, de intenciones o de rutinas. No basta con tener buena estrella y poner buena cara. Es necesario, además, evitar los pensamientos negativos, no quejarse ni sufrir de más. A fin de cuentas, la angustia jamás desaparece por completo... Vivir es resolver problemas a veces tan complejos que nos pueden hacer perder la cabeza, la esperanza y hasta las ganas de estar con los demás. Y no es que esto último me parezca, precisamente, grave. Todo lo contrario: disfruto mucho de la soledad y el silencio. Incluso, los considero un privilegio, siempre y cuando sea por elección. Nada tiene de malo llevar una vida de ermitaño. Lo que no está bien es dejar de pensar en los demás. Por eso me preocupa tanto que las relaciones personales se estén desarrollando, principalmente, a través de las redes sociales. Veo con horror cómo a la gente se le va poniendo, cada día más marcada, esa antipática *cara de whatsapp*...

Me acuerdo de esta conversación que escuché en la calle:

Personaje 1 –Préstame tu gorra.

Personaje 2 –No.

Personaje 1 –¿Por qué? ¿Si tú pa'qué la ocupas, si no la ocupas?

A veces me asalta una fuerte sensación no precisamente de vacío, sino de *asomo al vacío*, que no es lo mismo. Este último —a diferencia del primero— es un sentimiento temporal, no permanente, que aparece sólo en momentos de crisis, emergencia o estancamiento, y que bien podría describirse como *vértigo por no hacer nada*. Algo parecido a la sensación de detenerse al borde de un precipicio y dudar entre dar un paso al frente o retroceder. Y es que a veces no queremos aceptar las pausas, los paros forzados que la vida nos impone... Hay momentos en los que es imprescindible parar, hacer una pausa, respirar profundo y esperar pacientemente a que las cosas se arreglen por sí solas.



Me acuerdo de cómo aprendí que la pasión nos ciega, y de cómo, sin darnos cuenta, a veces nos lanzamos de cabeza al precipicio.

Un mago nunca revela sus secretos porque, si lo hace, se acaba la ilusión y termina la magia. Qué importantes son los sueños y las ilusiones. Pero hay que tener cuidado: un exceso de entusiasmo y emoción puede causarnos irritabilidad, fatiga, hartazgo y apatía. Cuando nos pasan demasiadas cosas, sobre todo si son buenas, lo normal es empezar a sentir que no pasa nada. Si tuvieras que elegir, qué preferirías: ¿seguridad o esperanza?, ¿firmar un contrato favorable o recibir una carta de amor?



Me acuerdo del ondulante sonido que emitían los viejos aparatos de radio al sintonizar una estación. Era algo así como un soplo extraterrestre flotando sobre una zampoña boliviana.

Basta una palabra para encender el pensamiento. Pero si son dos, o más —de preferencia contrastadas—, tanto mejor. Y es que combinar conceptos aleatoriamente resulta ser una buena estrategia discursiva y argumental, además de un extraordinario recurso para generar ideas, asociaciones y pensamientos extremos. Y si no me creen, los invito a escoger y agrupar al azar dos o más palabras de esta lista: proximidad, **magia**, lejanía, realidad, abuso, saturación, fantasía, tolerancia, desamparo, colapso, premeditación, conflicto, compromiso, esperanza.* Pongo un ejemplo: *colapso, conflicto y desamparo*. ¿Verdad que suenan bien? El truquito es muy sencillo. Ya tenemos un tema **y**, sobre todo, una buena receta para echar a andar la imaginación y esbozar (o justificar, según se quiera) todo tipo de *propuestas y ocurrencias contemporáneas*.



Me acuerdo de haber creído descifrar un código secreto, pero lo único que hice fue ahondar en mi ignorancia y desconcierto.

* Estimado lector: si estos conceptos no son de su agrado, puede sustituirlos por otros de su preferencia.

A veces estamos arriba y a veces abajo. Así son las cosas: la dicha y el infortunio van siempre de la mano. Mientras en unos asuntos avanzamos, en otros retrocedemos. El caso es que nunca estamos satisfechos **y** siempre queremos más. Por otra parte, nos quejamos de todo y le echamos la culpa a los demás de nuestros problemas y frustraciones. Pero ¿por qué esa tendencia a buscar culpables? Simplemente porque es muy fácil echarle la culpa a los otros y no querer asumir responsabilidades. Errar es de humanos, y no debería de costarnos tanto decir: “perdón, lo siento mucho, me he equivocado”. Reconocer nuestros propios errores es lo primero que hay que hacer para resolver los problemas. Después, basta con tener un poco de paciencia y voluntad, y **no** esperar demasiado de la vida. Es importante, además, dejar de pensar que los demás nos deben algo... pero, sobre todo, es necesario descansar. Descansar antes que nada... El orden de los factores sí altera el producto... No tendría por qué haber presos políticos, pero sí políticos presos.



Me acuerdo de haber pensado que se podía vivir sin compromisos con la familia, los amigos o con uno mismo.

Hay sensaciones que no quisiera poner en palabras porque, si lo hiciera, podría entenderlas, y entonces sí que **no** tendrían remedio.



Me acuerdo de algunas noches de insomnio en las que empecé a intuir ciertas cosas que no estaban bien, pero que, todavía, no sé cómo nombrarlas.

La vida dura muy poco y hay que saber aprovechar el tiempo. Pensar demasiado nos vuelve infelices; lo único que logramos es cansancio y aturdimiento. Las sensaciones (mirar, sentir, escuchar, oler o paladear) son, también, formas de pensar. No **sé** qué me deparará el futuro, **pero**, venga lo que venga, espero estar a la altura de las circunstancias; preparado para cualquier sorpresa.



Me acuerdo que llegaron a tal grado mis preocupaciones nocturnas que lo que más agradecía era ver amanecer.

Qué sentido tiene otorgarle a las cosas materiales un valor testimonial que no tienen. Ninguno, por supuesto. A fin de cuentas –con pruebas documentales o sin ellas–, toda historia es subjetiva y se desvirtúa con el tiempo hasta convertirse en muchas historias similares y relacionadas... Y es que la memoria es una mezcla de sombras imprecisas que echan mano de la fantasía y que modifican los recuerdos, según convenga. Que me perdonen por mi desapego los arqueólogos, los anticuarios y los sensibleros, **pero** el acto de acumular objetos –ya sea en hogares o en museos– y sobrecargarlos de simbolismo, aparte de extenuante, me parece, salvo contadas excepciones, innecesario y ridículo. Finalmente, nada es tan importante.



*Me acuerdo de ver correr en **zigzag** a una enorme víbora castellana.*

Dicen que una cosa es el tiempo y otra el espacio. Hay quien piensa que son inseparables, incluso que son la misma cosa... Nadie puede discutir que la línea recta sea la distancia más corta entre dos puntos, pero sí que sea una ruta más conveniente. A veces, para llegar a un lugar, es mejor moverse en **zigzag**, recular, dar saltitos y **rodeos**... La sinceridad es la clave de una buena comunicación. Pero no hay que exagerar: el tacto y la moderación también son importantes.



Me acuerdo de haberme involucrado en prácticas especulativas.

Prefiero decir (y que me digan) las cosas directamente, a la cara y sin **rodeos**. De viva voz. Ni **por** escrito ni por teléfono; y menos por *facetime*... Cuando no se tienen argumentos, lo mejor es callar, guardar silencio.

La rutina hace que todo se diluya y nos parezca normal, sobre todo en tiempos como los que vivimos, de saturación y desamparo, en los que la obsesión **por** ser felices nos está haciendo infelices. Tanto nos hemos acostumbrado al exceso, a la prisa y a lo novedoso, que ya todo nos parece poco, lento y anodino. No sé cómo llegamos a este punto, pero si de verdad queremos perdurar como especie en el **planeta**, vamos a tener que aprender a vivir con más sobriedad y, sobre todo, con más empatía y más amor por los demás.



Me acuerdo de haber sentido una extraña lucidez.

Tal parece que nos vamos acercando al precipicio. Y es que la gente prefiere tener prosperidad, quiero decir: satisfacer sus ambiciones materiales, antes que vivir en libertad o cuidar el planeta donde vivimos. No sé por qué hacemos lo que hacemos. Es evidente que detrás de todo esto están la ambición, el egoísmo y la falta de valores. Perdón por la pesadumbre, pero creo que en estos momentos de injusticia y pánico medioambiental, de poco sirve crear más conciencia e insistir en el diálogo. Hacen falta acciones más concretas y radicales. Qué sentido tiene seguir discutiendo sobre asuntos en los que, tal parece, no hay ninguna posibilidad de acuerdo. Es mejor acogerse a la ley de la oferta y demanda; no salir de casa, no comprar nada ni hablar con nadie y dedicarse a buscar frases radicales y contrañtadas. Es mejor, definitivamente, empezar a estudiar los conceptos enfrentados de dualidad y no-dualidad de la filosofía universal.



Me acuerdo de mi bisabuela que siempre nos decía: “¡Tened cuidado! La felicidad no existe, es un espejismo. Lo único que hay son momentos de alegría”.

¡Cuidado! Llegando a cierto punto no hay posibilidad de retorno... A partir de hoy –pase lo que pase– sólo pienso viajar hasta donde llegue por mis propios medios. De preferencia, a pie.

Aborrezco los símbolos. Es tan absurdo rendir honores a una bandera republicana, como hacerle caravanas a la monarquía... Todo lo que somos se lo debemos a nuestros predecesores. Nos movemos con sus ideas, costumbres y actitudes heredadas. Por eso es tan importante no sólo conocer nuestros orígenes y aceptar el encargo de preservar la tradición, sino también cuestionarla. Cada generación está obligada a buscar otros caminos, a establecer un nuevo punto de partida y construir un mundo mejor. Sin embargo, últimamente, tal parece que pasamos de todo y que nadie quiere asumir sus responsabilidades. Y es que vivimos instalados en la estupidez, en la indolencia y en la frivolidad. Practicamos, además, una forma perversa y egoísta de entender el concepto “aquí y ahora”, que nada tiene que ver con la verdadera conciencia de ser y estar; en otras palabras, con el saber vivir con sencillez en el presente.



Me acuerdo de los pueblos blancos de Andalucía y de lo feliz que fui por esos rumbos.

Crecí en una familia disgregada a la que poco parecía importarle lo que hacían los demás. Cada quien iba a lo suyo. Una frase muy repetida en mi casa era: “a mí no me jodan”, lo cual revela una actitud aparentemente hosca y egoísta. Sin embargo, cualquiera de nosotros estaba siempre dispuesto a dar la vida por los demás. Nos amábamos profundamente, pero toda demostración de afecto era interpretada como una muestra de debilidad. La distancia que establecíamos no se debía a un sentimiento de rechazo. Era, más bien, un mecanismo de defensa; una forma impuesta, y quizá necesaria, de respeto y adaptación a nuestra reciente condición de exiliados. Afortunadamente esa conducta no duró siempre. Como es natural, nos fuimos adaptando a nuestra nueva vida y acabamos reconociendo —eso sí, cada uno por su cuenta y sin confesárnoslo— que por más independiente que uno se sienta, de nada sirve frenar las emociones... Creo que éste es el origen de todas mis impaciencias.



Me acuerdo que el 25 de mayo de 1950, en el Puerto de Veracruz, tuve mi primer contacto con tierras mexicanas.

Desconfío **de** la palabra **porque** es ambigua; porque tiene dos caras, y –según convenga– honra o lastima. No necesito decir más. Este texto está justificado. Ni cargado a la izquierda ni a la derecha... Sin duda, es una clara muestra de debilidad querer siempre tener la razón y practicar la autojustificación. Cada día son menos las cosas que me interesan, pero más mis ganas de vivir. ¿Hay algo más importante que la vida?



Me acuerdo de haberme preguntado: ¿qué es mejor: la claridad o el misterio, la espontaneidad o el rigor, la seriedad o la ironía, la razón o el sentimiento?

He tenido muchos trabajos en la vida, sin embargo el oficio de pintor es el que más me ha marcado. No sólo **porque** me ha permitido ser yo mismo, sino, y sobre todo, porque me ha enseñado a relativizar **el** valor de las cosas y a aceptar el fracaso.



Me acuerdo de haber confundido un espantapájaros con “La Llorona”, o viceversa. Fue en Guatemala, una madrugada de 1964, mientras ascendía al Volcán de Agua.

Quienes se dedican a una actividad artística o cultural deberían poner más atención en los asuntos importantes y reprimir esa absurda obsesión por el reconocimiento y el aplauso.



Me acuerdo de mi abuelo que decía: “mantenerse en la sombra es mejor que quemarse al sol”.

Cuando se pierde el sentido de lo que hacemos, todo huele mal. *A alcantarilla en tiempillos de calor*, como alguien dijo por ahí. Es mejor no hacer nada que hacer mal las cosas. Lo importante no es estar ocupados, sino encontrar motivos para estarlo. Y esto vale tanto para un acto solidario, compasivo o de justicia, como para alimentar el espíritu, recuperar una amistad perdida, postularse para diputado o lanzarse como un loco en búsqueda del amor imposible. No se trata de imponernos rutinas agotadoras. Lo importante es conservar el entusiasmo y la fuerza de voluntad. ¿Qué importa más: la motivación o el compromiso?... A fin de cuentas, el relato del sobreviviente es el que vale.



Me acuerdo de mi profesor de Civismo. Decía que la ira y el rencor nos alejan de cualquier posibilidad de solución a los problemas.

La experiencia y la fuerza **de** voluntad no son, necesariamente, dos buenos argumentos para salir adelante. Tampoco basta con hacer las cosas. Hay que hacerlas bien. Claudicar es, muchas veces, lo **mejor**; lo más sensato.

Nunca acaba de gustarme lo que pinto, pero, sobre todo, lo que escribo. Entonces, ¿por qué lo hago, por qué insisto? Seguramente porque ocultarme detrás de estos trabajos es la **mejor** manera que conozco de estar en paz. Y da igual que lo haga bien o lo haga mal... Viene a mi mente un texto de Italo Svevo que habla un poco de esta necesidad de evadir la realidad (cito de memoria): "...cuando todos comprendan con la claridad que yo lo hago, todos escribirán; y el recogimiento ocupará la mayor parte del tiempo de su vida que, de esta manera, será arrebatado a la horrenda vida real". Desde luego, hay **maneras** de decir las cosas.

Hay muchas **maneras** de asumir el proceso creativo, pero toma en cuenta lo siguiente: 1. No hagas siempre lo mismo; busca otros caminos. 2. Esfuérzate por encontrar soluciones y respuestas originales. 3. No te equivoques: todo lo que hagas (idea, invento, texto, pieza de arte o lo que sea) está inacabado. 4. Cualquier conclusión es temporal. 5. Todo es parte de una interminable cadena de eventos; cada eslabón es un nuevo punto de partida que te ofrece la posibilidad de retomar la “obra terminada” y seguir modificándola hasta el infinito. 6. No sólo pongas atención a lo que pasa dentro de tu cabeza; la vida está afuera. 7. La pedantería es mala consejera. 8. Perder el control es lo mejor **que** te puede pasar, pero también lo peor. 9. Aléjate de convenciones y significados. 10. Apela a la locura...



Me acuerdo de todo lo mágico, perturbador, incomprensible, arbitrario, conmovedor, delirante, inspirador, azaroso y controvertido que puede ser el arte.

Nada significa nada. Todo se olvida y desaparece como el humo. La memoria es un tejido inescrutable de imágenes, sonidos y sensaciones. Toda evocación es fugaz; llamarada de petate **que** se apaga como el eco... Y la **realidad**, ¿qué es?, ¿un universo de circunstancias, una cadena de eventos sin conclusión?, ¿un *continuum irreprimible de casualidades y causalidades*?... ¿Verdad que suena muy raro eso de refrescar la memoria?



Me acuerdo de un falso rumor, de un amago de emboscada que nos obligó a escondernos en una profunda cueva en medio de un sembradío de melones y sandías.

Si nos aislamos del mundo, se hace imposible soportar la **realidad**. La misantropía no es aconsejable; nos vuelve paranoicos y peligrosos. Es bueno mezclarse con los demás y hablar con ellos. **Cuando** se pierde la comunicación, hay que recuperarla lo más pronto posible. Por lo que digo parecería que soy una persona insociable o un provocador, pero no es así. Solamente soy un ciudadano en apuros que no sabe callar. A veces hablo demasiado, pero también sé escuchar. Soy crítico, pero no rencoroso, y no tengo nada contra la gente; aunque sí con algunas personas. Es verdad que cuando me provocan respondo con zasca,* pero que nadie dude de mi vocación pacifista y conciliadora. Creo en el respeto, en el diálogo y en la concordia. La violencia nunca es una solución. Sólo la palabra justa resuelve los conflictos.

* Zasca es un vocablo utilizado para aludir a una respuesta cortante, inmediata y espontánea (a menudo ofensiva) en un debate o conversación.

Hago lo que puedo. Procupo pasar desapercibido, que nadie me moleste y estar bien conmigo mismo. En realidad, nunca trabajo; solamente juego. **Cuando** tengo un deseo, lucho por hacerlo realidad... Si algo duele son las renunci-
cias; no los rechazos ni **los** fracasos.



Me acuerdo de lo mucho que me gustaba andar errante por espacios deshabitados.

Una buena amistad se basa en el cariño y el respeto mutuo. Para entenderse con **los** demás sólo hacen falta dos cosas: ubicarse en el lugar del otro y ponerse de acuerdo con **uno** mismo.

Los animales ignoran que envejecen y no saben que van a morir. Puede ser que un burro o un colibrí disfruten de un eterno aquí y ahora, pero para un ser humano es imposible. Es un error vivir pensando en el pasado y estropear el presente. Pero aún más grave es vivir en el presente sin pensar en el futuro. Es necesario tener conciencia del momento en que vivimos, pero también es importante estar atento a las posibilidades venideras... Cuando **uno** se equivoca, lo más sensato es reconocerlo y pedir disculpas. O auxilio, si es necesario... Mientras unos tratan de pensar, otros –por el contrario– tratan de no pensar y dejan su mente en **blanco**. ¡Qué locura!

Me acuerdo de la noche que subí al Volcán de Fuego.

El color blanco es el símbolo del silencio y del vacío.



Me acuerdo de haber leído que Mallarmé decía que el blanco era el “estado clásico del intelecto, el espacio romántico del recuerdo”.

Las cosas como son: hay que reconocer lo bien que les sientan a ciertas personas el infortunio y el fracaso. Se vuelven amorosas y pacientes. Incluso, aprenden a soportar la monotonía y el inherente aburrimiento de la vida; hasta dejan de ver moros con trinchete donde no los hay... No sé quién afirmaba que toda obra de arte es incoherente y que surge de la dispersión. ¡Bendita incoherencia!, ¡bendita dispersión!, ¡bendito capricho de los artistas!

Cualquier trabajo creativo exige lucidez y constancia, pero, sobre todo: tolerancia a la frustración y mucha paciencia para superar el miedo a los desastres definitivos. Es imprescindible, además, resistir y saber esperar a **que** pasen esos horribles momentos de asomo a la nada que siempre aparecen. Sin embargo, ahora mismo, no estoy tan seguro de tener la paciencia ni la voluntad de seguir insistiéndole en que pase algo. ¿Qué pasa cuando no pasa nada?



*Me acuerdo de cómo, por andar distraído, perdí la oportunidad de echar marcha atrás. Y así fue como rompí con una larga racha de buena **suerte**.*

Siempre hay cosas mejores por hacer. Siempre llega el momento de las conclusiones, de la reflexión más íntima y, por **suerte** —o por desgracia—, todo empieza a cambiar. Cambia, sobre todo, la percepción que uno tiene de sí mismo y, a partir de ahí, lo que nos parecía ordinario comenzamos a verlo como algo extraordinario. Nada tiene de malo querer cambiar nuestra forma de ser. A fin de cuentas, el origen de toda identidad es la vanidad... Todo pasa y todo se olvida... Todo está bien, pero podría estar mejor... Sé que vivo rodeado de gente asilvestrada, pero, por fortuna, tengo a mi lado a personas muy valiosas: familiares, amigos y, sobre todo, una dulce compañía, un pan de dios, un ángel protector que cada día **me** llena de luz y alegría.



Me acuerdo de haber soñado que tenía una cábala para todo.

Es hora de parar. Confieso que ya **me** harté de estas labores. La palabra aclara, pero también confunde. Ojalá algo bueno quede de este esfuerzo, de este galimatías que armé con tanto entusiasmo, convencido de que *tota pedra fa paret*.* Abandono, pues, esta agotadora tarea de **escribir**, que sólo vino a demostrar que es más mi necesidad que mi talento.

* Toda piedra hace pared.

Cuando digo que no hay fracaso sin mérito ni recompensa, lo digo por sacar provecho de mi propia frustración. Pero también para reforzar mi decisión de no volver a **escribir**. Quizá suene un poco radical, o a disculpa, pero así lo siento ahora. Necesito retomar mi rumbo en la pintura, actividad que he descuidado demasiado. Siempre he visto la escritura como una tarea complementaria, aunque últimamente se ha convertido, contra mi voluntad, en la ocupación que más tiempo me demanda. Soy un pintor que escribe. Nunca pretendí ser escritor. Pintor sí, lo reconozco, porque pintar es una labor más acorde con mi manera de ser. Entiendo el acto de pintar como un trabajo físico y ordinario, como una actividad más natural que la escritura; menos intelectual... Volveré, pues, a mi oficio. O a no hacer nada... a vivir en **calma**.

ciento catorce

Cuando todo parecía estar mal, una voz tranquilizadora me gritó en la calle: “¡Maestro! Todo está en calma. Usted no se preocupe...”

Se suspenden las labores intelectuales hasta nuevo aviso.

Bon à tirer (*bueno para tirar*).



La presente edición de
La memoria de las berenjenas
[ciento catorce formas de marear la perdiz]
de Jordi Boldó
fue maquetada por Federico de la Vega
en el Taller del Fondo Editorial de la
Universidad Autónoma de Querétaro.
El cuidado estuvo a cargo de
Diana Rodríguez y el autor.
El tiro de 1 000 ejemplares
se imprimió en junio del 2020,
en Santiago de Querétaro, México.

